

CALLES DAIMIELEÑAS

LA CALLE D. TIBURCIO (antes calle Almagro)



Lleva esta calle el nombre de una persona entrañable para todos los que lo conocimos, que merece ser recordada. Don Tiburcio Ruiz de la Hermosa y Martín de Almagro, el que fuera tantos años Barroco de San Pedro, nació en Daimiel el 11 de junio de 1876. Cursó sus estudios en el Seminario Conciliar de Ciudad Real, donde fue ordenado sacerdote.

Murió en Daimiel el catorce de enero de 1959, a los 83 años siendo enterrado en una de las capillas, la del Pilar, de su parroquia de San Pedro.

Después de un breve paso por Socuéllamos y Bolaños, donde ya se significó por su bondad y espíritu de sacrificio, fue nombrado párroco de la iglesia de San Pedro de Daimiel, cargo del que tomó posesión el cuatro de noviembre de 1905. Tenía entonces 29 años y nadie podía predecir en aquella época que sería párroco de San Pedro durante 53 años.

Durante la última etapa de su vida, fue honrado con los nombramientos de Arcipreste del partido judicial de Daimiel y Prelado Doméstico de su Santidad.

Tuvo la suerte de poder celebrar las bodas de oro, primero de su ordenación sacerdotal (fecha que conmemora la placa que existe en la calle donde nació) y más tarde las de su nombramiento como párroco de la iglesia de San Pedro, rodeado del afecto de todos los daimieleños.

Con frecuencia suelo decir a mis amigos que he tenido la suerte de "haber conocido a un santo". Yo no sé

cuales son las condiciones requeridas para elevar a una persona a la categoría de santo. Pero estoy seguro, por el tiempo que lo conocí —que fue bastante— y por los innumerables relatos y anécdotas que he podido recoger de personas que lo trataron más íntimamente (entre ellas su querido sacristán Fernando, a quien tanto agradezco los datos que me ha facilitado), que yo no he conocido a nadie, pero absolutamente a nadie, que diera tanto testimonio de su fe cristiana, como don Tiburcio. Fui testigo de su bondad, de su humildad, desprendimiento, tolerancia y de su compromiso con los pobres, con el mejor y más difícil de los compromisos: su propia pobreza, llevada a límites insospechados. Me temo que muchos de los actuales sacerdotes progresistas, de la liberación, sentirían rubor sólo al compararse con don Tiburcio. Como me atrevo a suponer, cuán diferente sería el concepto que en general se tiene hoy de la Iglesia y de los clérigos, si —antes y ahora— hubiese habido muchos parecidos a él. Bien entendido que, este elogio apasionado, no está en contradicción con mi convencimiento —total convencimiento— de que la mayoría del Clero actual —quizá en un ambiente más difícil— ejerce su ministerio con la mayor dignidad; y es muy posible que existan casos, semejantes al que comentamos, que yo no conozca.

Por eso, lo menos que podía hacer Daimiel (y lo hizo muy bien), aparte del

multitudinario y emocionado entierro, fue dedicarle a su memoria una de las calles de la ciudad. Precisamente la calle que lo vio nacer, que va desde la glorieta de Lepanto a la Salida de la carretera de Ciudad Real, llamada en su tiempo, calle Almagro. Al final de la calle, que mide 500 metros, y en la acera de la izquierda, sobre la fachada de una casa de nueva construcción, la número 57, figura una lápida conmemorativa a la que antes nos hemos referido.

En esta relación que estoy haciendo de las calles de Daimiel, al referirme a la de don Tiburcio, lo hago con un sentido de obligado cumplimiento, y con la esperanza de que este breve recordatorio (a la espera de que alguien con más capacidad que la mía le dedique un estudio amplio, como merece su figura) sirva a los daimieleños que no lo conocieron, que son por razón del tiempo la mayoría —creyentes y no creyentes— para que tengan memoria de este hombre ejemplar, que dedicó toda su vida al servicio de sus semejantes y no tuvo ni un solo enemigo, durante tantos años —incluidos los del vendaval de la guerra civil— en un cargo tan comprometido y en unos tiempos tan difíciles como le tocaron vivir. A él como a pocos se puede aplicar el pensamiento de Pascal "para medir la virtud de un hombre no hay que mirar sus hechos extraordinarios, sino su vida cotidiana".

FRANCISCO RODRIGUEZ LOZANO